



## Licenciatura en medicina humana

**Luis Josué Méndez Velasco**

**Dr. Luis Fernando Márquez Anzueto**

**Cámara de Gesell**

PASIÓN POR EDUCAR

**Psiquiatría**

**5° "A"**

## Reporte de práctica en la Cámara de Gesell

Durante la práctica en la Cámara de Gesell se nos presentó un ejercicio profundamente emocional y psicológico, cuyo objetivo era explorar nuestros valores, vínculos afectivos y capacidad de tomar decisiones bajo presión. A través de un caso hipotético, se nos pidió imaginar que, tras culminar la carrera de Medicina, decidíamos celebrar nuestro primer sueldo realizando un viaje en globo aerostático junto a cinco seres queridos. En mi caso, elegí compartir esta experiencia con mi núcleo más cercano: mi papá (59 años), mi mamá (54 años), mi hermano mayor (27 años), mi hermana menor (24 años) y nuestro perro, de cuatro años. Era una imagen hermosa y simbólica: el cielo abierto, la familia unida celebrando un logro tan importante, jamás imaginé que esta historia ficticia se tornaría en una prueba emocional tan intensa.

Mientras volábamos, en medio de paisajes increíbles y de un sentimiento de plenitud, algo imprevisto sucedió: el globo aerostático comenzó a perder altura rápidamente. Nos informaron que el combustible se había agotado y que, si no aligerábamos el peso, nos estrellaríamos. Al principio, comenzamos arrojando objetos materiales. Cada lanzamiento era como desprendernos de algo valioso, pero sabíamos que nuestras vidas eran más importantes. Sin embargo, el descenso no cesaba. Fue entonces cuando el piloto, con un acto de verdadero heroísmo, decidió lanzarse por su cuenta para salvarnos. Recuerdo el silencio absoluto que quedó después. La gravedad de la situación se volvió abrumadora: no era suficiente. Había que tomar decisiones que ningún ser humano debería enfrentar jamás.

Con profundo dolor y tras mucho debate, decidimos que el siguiente en dejar el globo sería nuestro perro. Fue un momento desgarrador. No era solo una mascota, era parte de nuestra familia. Aún escucho los sollozos de mi hermana, y el nudo en mi garganta persiste al recordarlo. Pero el peligro continuaba. El suelo estaba cada vez más cerca. Mi padre, con la entereza que siempre lo ha caracterizado, nos miró con lágrimas contenidas y nos dijo que ya había vivido suficiente, que lo importante era que nosotros tuviéramos una oportunidad. Antes de que pudiéramos detenerlo, saltó.

Después, mi hermano mayor, siempre tan protector, siempre tomando el rol del segundo al mando, me abrazó fuerte y dijo que todo estaría bien. Le temblaban las manos, pero en sus ojos había determinación. Se despidió y saltó.

Luego, fue el turno de mi madre... y ese fue el instante más insoportable. Ella y yo éramos los únicos con paracaídas, lo sabíamos desde el inicio. Pero el suyo no funcionaba bien. Revisamos, intentamos repararlo, rogamos que hubiese otra solución... pero no la había. Ella me miró, acarició mi rostro como cuando era niño, y con voz serena me dijo que debía vivir, que debía seguir por todos ellos. Nos lanzamos juntos. Yo con el paracaídas funcional. Ella con uno dañado. La vi caer más rápido que yo. Grité su nombre con desesperación, impotente, sabiendo que no podía hacer nada.

Esta experiencia me hizo reflexionar sobre el amor, el sacrificio y el peso de las decisiones. Sobreviví, pero cargaré siempre con el dolor de haber perdido a todos, especialmente a mi mamá, cuya última mirada de amor me acompaña como un eco. La práctica me enseñó a valorar aún más a mi familia y a enfrentar la fragilidad de la vida con gratitud y humildad.

Bibliografía: